

# Lecciones para después de una guerra

**Manuel Monereo\***

\* *Jurista.  
Director de la Fundación  
Europa de los Ciudadanos,  
España*

---

## Introducción

Como era de esperar, las fuerzas militares anglo-norteamericanas han conseguido destrozarse en pocos días las debilitadas defensas iraquíes y han ocupado el territorio de Iraq, que sólo metafóricamente podríamos considerar como un Estado soberano. La resistencia ha sido algo más dura de lo previsto y el supuesto de la mayoría chiíta no se ha producido. Todo apunta, pues, a que la "normalización" del país no va a ser fácil y a que los riesgos de extensión regional del conflicto siguen existiendo.

En esto, como en muchas otras cosas, las palabras usuales no son capaces de expresar la cantidad y la cualidad de los nuevos fenómenos y sus contextos. Llamar guerra a lo que ha ocurrido en Iraq supone, en principio, un engaño: la desigualdad de fuerzas es tan brutal que el agredido sabe con certeza que no podrá ganar nunca al agresor, a no ser que las condiciones políticas internacionales cambiasen

radicalmente. Este es el tipo de guerra que se impone: la superpotencia hegemónica usa su descomunal fuerza para resolver sus litigios políticos internacionales, asegurándose previamente la victoria y garantizando en todo momento que su preeminencia no se pone realmente en peligro. Como ha dicho Emmanuel Todd, se trata de guerras obscenas contra países débiles o debilitados que, precisamente porque no tienen armas de destrucción masiva, no suponen un peligro para el agresor. Robert Kagan lo ha dicho aún más claro: con Corea del Norte tenemos que negociar porque ya tiene la bomba (atómica).

Detrás de todo esto hay un problema real que Immanuel Wallerstein señaló hace años: la inevitable “democratización” de los arsenales militares, incluyendo los nucleares, biológicos y químicos. El problema reside en que esta cuestión no se resuelve por medio de la guerra, máxime cuando la gran superpotencia y sus amigos son los que detentan la supremacía en estas armas de destrucción masiva.

### **Estado de excepción y proceso constituyente**

Algunos de nosotros venimos defendiendo desde hace tiempo que, después del 11 de septiembre, el gobierno de extrema derecha que hoy dirige EE.UU. declaró un estado de excepción, en el triple significado que este concepto tiene: como suspensión-supresión de la legalidad internacional vigente y de sus órganos; como predominio del uso de la fuerza en las relaciones internacionales; para convertir ésta en la fuente de legitimidad de una nueva constitución internacional. Ciertamente, como es sabido, ésta es una concepción que viene de lejos, representativa de un entramado de poder que engarza a multinacionales, al complejo militar industrial y a ideólogos republicanos reunidos en torno al denominado “Proyecto nuevo siglo americano”.

El objetivo de este diseño estratégico es claro: garantizar la supremacía económica, política y cultural de EE.UU. frente a sus aliados, a las potencias emergentes y al Sur

***“Este es el tipo de guerra que se impone: la superpotencia hegemónica usa su descomunal fuerza para resolver sus litigios políticos internacionales, asegurándose previamente la victoria y garantizando en todo momento que su preeminencia no se pone realmente en peligro.”***

del mundo. Para ello era necesario “aprovechar la ventaja” y sacar partido de la supremacía militar enormemente favorable en la correlación internacional de fuerzas.

La nueva doctrina militar norteamericana se ha organizado en torno a estos objetivos políticos: primero, impedir la aparición de una superpotencia rival que cuestione la hegemonía norteamericana; segundo, el desarrollo cuantitativo y sobre todo cualitativo de unas fuerzas armadas integradas, dotadas de una tecnología de máximo nivel y capaces de intervenir decisivamente en cualquier parte del mundo; tercero, conseguir los recursos naturales estratégicos y el predominio geopolítico; y cuarto, el control de Eurasia, que tras la desintegración del sistema soviético se ha convertido en el objetivo estratégico fundamental, asegurando el predominio, en lo que los estrategas americanos llaman el sudeste del mismo, en torno al Mar Caspio, el Golfo Pérsico y el Mar Negro.

La guerra preventiva, su concepto, implica por un lado la violación sustancial de la actual legalidad internacional, y por otro lado convertir a la guerra en un modo normal y normalizado de resolver los conflictos a nivel político internacional. El soberano (EE.UU.) impone el estado de excepción, define quién es amigo o enemigo y cuáles los términos y la legitimidad del conflicto. Volviendo a Robert Kagan, el centro del mundo debe ser EE.UU. y no el órgano jurídico determinado por la Carta de las Naciones Unidas.

### **Escenarios para después de una guerra**

Todo apunta a que después de esta primera guerra de la globalización capitalista se articulan al menos dos escenarios previsibles, con consecuencias políticas claramente diferenciadas.

El primer escenario podría denominarse de guerra-antídoto, que consistiría básicamente en “amansar a la fiera” (EE.UU.), llevándola al redil de la legalidad internacional, intentando convertir esta guerra en algo excepcional, aminorando los daños, cediendo ante el poderoso con el objetivo de ganar tiempo a la espera de mejores condiciones. Este primer escenario tiene también un componente normativo que intenta fundar una estrategia política que haga de la guerra de agresión contra Irak un antídoto frente a conflictos futuros.

Un segundo escenario pone el acento en el carácter no coyuntural, básico, de la estrategia político-militar norteamericana. La globalización imperante requeriría en esta fase el uso de la fuerza, justamente en lo que tiene de apertura de un proceso constituyente, romper sustancialmente con un determinado régimen internacional e imponer otro más favorable. Lo decisivo es su carácter global, en varios sentidos: defender posiciones,

siempre en peligro, y apostar por unas reglas del juego (económicas, políticas, militares e ideológicas) que consoliden la hegemonía imperial norteamericana, en el sentido que Susan Strange ha analizado cuando define a una superpotencia hegemónica por su capacidad de imponer unas reglas del juego que le beneficien estructuralmente.

Como antes se indicó, ambos escenarios implican estrategias profundamente diferenciadas, aunque puedan coincidir coyunturalmente. De hecho, parece que se están sumando al primer escenario las potencias críticas europeas (Francia y Alemania) y una parte de la socialdemocracia, que de una u otra forma se ha opuesto a la estrategia político-militar norteamericana. Como es sabido, nada ayuda más a “convencer” que una victoria militar, y no hay mejor propaganda que aquella que se consigue tras el triunfo obtenido por las armas, con unos medios de comunicación siempre dispuestos a olvidar a las víctimas o, lo que es peor, a desligar los sufrimientos actuales del pueblo iraquí de una agresión injusta e ilegítima.

A la izquierda transformadora europea, al movimiento pacifista y, sobre todo, al movimiento antiglobalización, le corresponde en este momento, frente al reflujó natural que se está produciendo, avanzar en recomposición social, en organización y en crítica solvente a la militarización de las relaciones internacionales que está suponiendo y que va a suponer esta fase de la globalización imperialista. Esto hay que hacerlo con habilidad táctica, tirando al máximo de los aliados moderados y forjando relaciones estrechas con los miles de hombres y mujeres jóvenes que han protagonizado las luchas sociales y que han supuesto la emergencia de una nueva generación en la lucha política.

### **Consecuencias: el mundo no será como antes**

Todavía es pronto para evaluar con toda su amplitud las consecuencias que para nuestro planeta va a tener esta guerra, aunque es posible, con trazo grueso, individualizar tendencias básicas sobre las que hay que volver una y otra vez para concretarlas y rastrear sus ramificaciones.

La primera consecuencia parece obvia, pero sería suicida no tenerla en cuenta: la correlación de fuerzas político-militares se ha hecho mucho más favorable a EE.UU. El tipo de guerra, o mejor dicho, la agresión realizada, ha tenido costes militares e internos escasos y consolida una superioridad estratégica de EE.UU. en una zona vital que, como antes se indicó, se ha convertido en una prioridad indiscutible de la reestructuración internacional en curso.

Una segunda consecuencia es que el movimiento antiglobalización se ha convertido en un actor internacional indiscutible. Ha sido capaz de generar políticas de alianzas amplias



de carácter pacifista y ha señalado con mucha precisión el carácter no coyuntural de esta guerra y su relación intrínseca con la globalización capitalista.

La tercera consecuencia tiene que ver con Europa en general y con la Unión Europea en particular. La división producida y la articulación de dos bloques frente al hegemonismo

norteamericano ilustran mucho sobre las contradicciones del proyecto europeo y obligan a la izquierda transformadora a una reflexión de fondo. De un lado, queda claro que las contradicciones en el seno del bloque imperialista se han hecho evidentes y que no parece que vayan a disminuir en el futuro; por otro lado, la ampliación al Este, que ingenuamente la mayoría de la izquierda ha apoyado, va a tener como consecuencia inmediata un retroceso del desarrollo político de la integración y un nuevo "caballo de Troya" de EE.UU. en la Unión Europea.

El problema no residía en oponerse sin más a la ampliación, sino en la necesidad de realizar las reformas políticas, económicas y ecológicas imprescindibles para que la ampliación no significase un bloqueo político y una más que previsible "guerra entre pobres". La izquierda debería huir de subestimar las contradicciones inter-imperiales, así como también de sobreestimarlas. Que las contradicciones existen, no cabe la menor duda; pero que éstas lleven a un antagonismo entre las superpotencias, es otra cosa bien distinta. Es más, si no se sabe defender la propia autonomía, se corre el peligro de convertirse en la base de masas de la burguesía propia.

La cuarta consecuencia tiene que ver con las Naciones Unidas y con el ordenamiento constitucional internacional. El peligro que se corre es que las Naciones Unidas acaben por convertirse en un instrumento de legitimación de la política exterior norteamericana, es decir, que se ocupen de todo y que los EE.UU. decidan lo fundamental. Basta leer el reciente libro de Robert Kagan (2003), así como las opiniones de gente como R. Perle o W. Mosley, para comprender que la administración norteamericana no va a admitir ningún freno a sus decisiones de guerra preventiva y que considera natural que el Consejo de Seguridad se pliegue a ellas. Cualquier otra actitud la considera inaceptable e imposible de asumir. El movimiento de los movimientos y la izquierda deberían poder com-

binar la defensa clara de la legalidad internacional con la necesaria democratización de Naciones Unidas, en lo que podríamos llamar una estrategia de “defensa crítica”.

Ciertamente, el nuevo escenario internacional que se está configurando va a significar un incremento sustancial de los presupuestos militares, un nuevo impulso de la carrera armamentística y una militarización acelerada de las relaciones internacionales. Parece también claro que después de esta guerra a los llamados “estados canallas” no les queda otra alternativa que hacerse con armas de destrucción masiva lo antes posible, con el objetivo implícito de evitar una agresión norteamericana.

Ahora bien, EE.UU. sale victorioso en lo que podemos llamar guerras desiguales, pero aparecen en el horizonte, con más fuerza que antes, lo que se ha dado en llamar los conflictos asimétricos. Como es sabido, con este nombre se denomina a aquellos conflictos que no siguen las reglas normales de la guerra, que golpean al enemigo en centros económicos, tecnológicos y mediáticos, y que configuran a la retaguardia del contendiente como lugar posible de intervención.

No es casual que quienes se han dedicado a llamar la atención sobre la emergencia de un nuevo tipo de conflictos existentes cuando la superpotencia tiene una superioridad militar indiscutible y la usa sean dos destacados estrategas militares chinos, Qiao Liang y Wang Xiangsui, en su libro *Guerra sin límites*.

### **Globalización, guerra y sujetos alternativos**

La guerra contra Irak ha configurado dos grandes partidos en el mundo en torno a los cuales se han formado bloques político-sociales en una oposición manifiesta.

De un lado, el partido de la guerra, organizado en torno a los EE.UU., defensor de la guerra preventiva, del uso permanente de la fuerza militar para resolver los conflictos internacionales, marginando implícita o explícitamente una legalidad internacional que considera superada por los nuevos tiempos.

De otro lado, el partido de la paz, aglutinado en torno al movimiento antiglobalización, defensor de una paz basada en la justicia, en la legalidad internacional y en unas relaciones internacionales democráticas e igualitarias. En medio, estados con contradicciones entre sí y una opinión pública que ha visto en el partido de la paz la primera oposición real a la globalización imperialista. De lo que se trata ahora es de consolidar este bloque de oposición en lo que ha sido su mejor activo: la crítica sustancial al desorden existente, la propuesta alternativa y la movilización social.

El movimiento de los movimientos está expresando demandas y necesidades sociales que requieren de una convergencia activa con la izquierda que continúa siéndolo y que no se ha dejado neutralizar por las cantinelas de la globalización y del pensamiento neoliberal.

La primera cuestión que emerge es que estamos, por primera vez, ante un movimiento internacional que defiende una política internacionalista. La lucha por la paz, por el desarme, por nuevas relaciones económicas más justas y por la superación real del subdesarrollo, del hambre y de la pobreza, debe ser el punto central de una estrategia que tenga como objetivo la liberación de la especie humana.

En segundo lugar, emerge la demanda de una nueva relación entre la ética y la política. La consigna no es otra que partir del supuesto de que en los medios están los fines, y que el realismo debe combinarse con una plataforma ética que haga de la política la actividad cotidiana de los colectivos humanos en su larga lucha por la emancipación.

En tercer lugar, las consignas que expresamente denunciaban la existencia de una crisis de representación política que reclama urgentemente una democratización sustancial del poder en contextos de unos sistemas en procesos de oligarquización crecientes, sitúan el problema de la democracia participativa en el centro del debate público. Si no se intentan formas nuevas de agregación e intervención de las poblaciones, se seguirá produciendo una separación creciente entre éstas y la política, bloqueando cualquier posibilidad de cambio y propiciando una derrota más del movimiento.

Por último, habría que señalar que el movimiento también exige una nueva forma de compromiso político. Para decirlo con claridad, sin ejemplaridad, sin coherencia entre lo que se piensa y se hace, no habrá regeneración de la política y las relaciones con los movimientos serán pura palabrería electoralista. La gente no va a perdonar la mentira y la hipocresía.

## **Bibliografía**

Kagan, Robert 2003 *Poder y debilidad* (Madrid: Taurus).

Liang, Qiao y Xiangsui, Wang 2001 *Guerra sin límites* (Editorial Goriziana).